
La Hormiga Minera

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9070

Título: La Hormiga Minera

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Crónica, Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Hormiga Minera

En la región nordeste de la república, asolada por la hormiga, los colonos recitan al efectuar sus siembras: "Plantemos para las hormigas, y que alcance para nosotros".

No se trata, como pudiera creerse, de una tolerable hormiga de jardín, muy fácil de exterminar en su hoyo. La hormiga minera nada tiene que ver con sus congéneres negras o rubias. Es un poderoso animal de color rojo oscuro, tremendas mandíbulas y el torso erizado de púas, que vive atrincherado bajo tierra en Misiones.

Ella es dueña absoluta del subsuelo y de la vegetación que crece encima. Más que el tiempo, ella rige la agricultura del país. Su presencia desencadena la desesperación del colono.

Tarde o temprano, se la envenene o se la asfixie, se la combata día y noche en sus mismas trincheras, ella acaba por triunfar.

Difícilmente en los tiempos de sequía, y con gran rapidez en los tiempos de lluvia, la hormiga minera avanza sin cesar sus líneas subterráneas. Y de la plantación donde ellas surgieron una noche, no queda a la madrugada siguiente sino las hojas intactas diseminadas en montones.

Porque este insecto de ojos casi invisibles sabe perfectamente qué clase de lucha es la que entabla con el hombre. Cualquier otra hormiga cortaría con gran habilidad sus redondeles de hojas, para descender gravemente con ellas a lo largo del tronco. Es ésta una tarea paciente, que requiere mucho tiempo, y que la misma hormiga minera no desdena cuando se siente en su terreno.

Pero de noche, y en una plantación hostil, no. Las pequeñas hormigas de acarreo esperan entonces al pie de la planta, mientras las grandes hormigas de batalla trepan a cortar las hojas, unas tras otras, en el mismo pecíolo. Tan seguro es su instinto y tan potentes sus mandíbulas, que desde veinte metros se puede oír en la obscuridad el ruido sordo de las hojas cayendo como lluvia.

Una plantación de maíz nace, crece y prospera durante nueve días, y al décimo no queda un tallo en pie. En una sola noche la tierra colorada recobra su soledad.

La hormiga minera posee una inteligencia sombría y sutil como no es fácil hallarla en la misma abeja. Cuando ha gustado de una planta, conserva su memoria a través del tiempo y de las estaciones.

La hemos visto a fines de verano descubrir por casualidad un duraznero a través de mil zigzag, y a la primavera siguiente, su primer ataque nocturno ha sido a dicho duraznero, por el mismo absurdo camino.

Durante mucho tiempo pudimos en casa defender un joven eucalipto, gracias a una constante observación que no admitía tregua. Una noche las hormigas franquearon las líneas de defensa del tronco, sin que pudiéramos explicarnos cómo. Esa misma noche —soplaba una fuerte tormenta,— hallamos la solución.

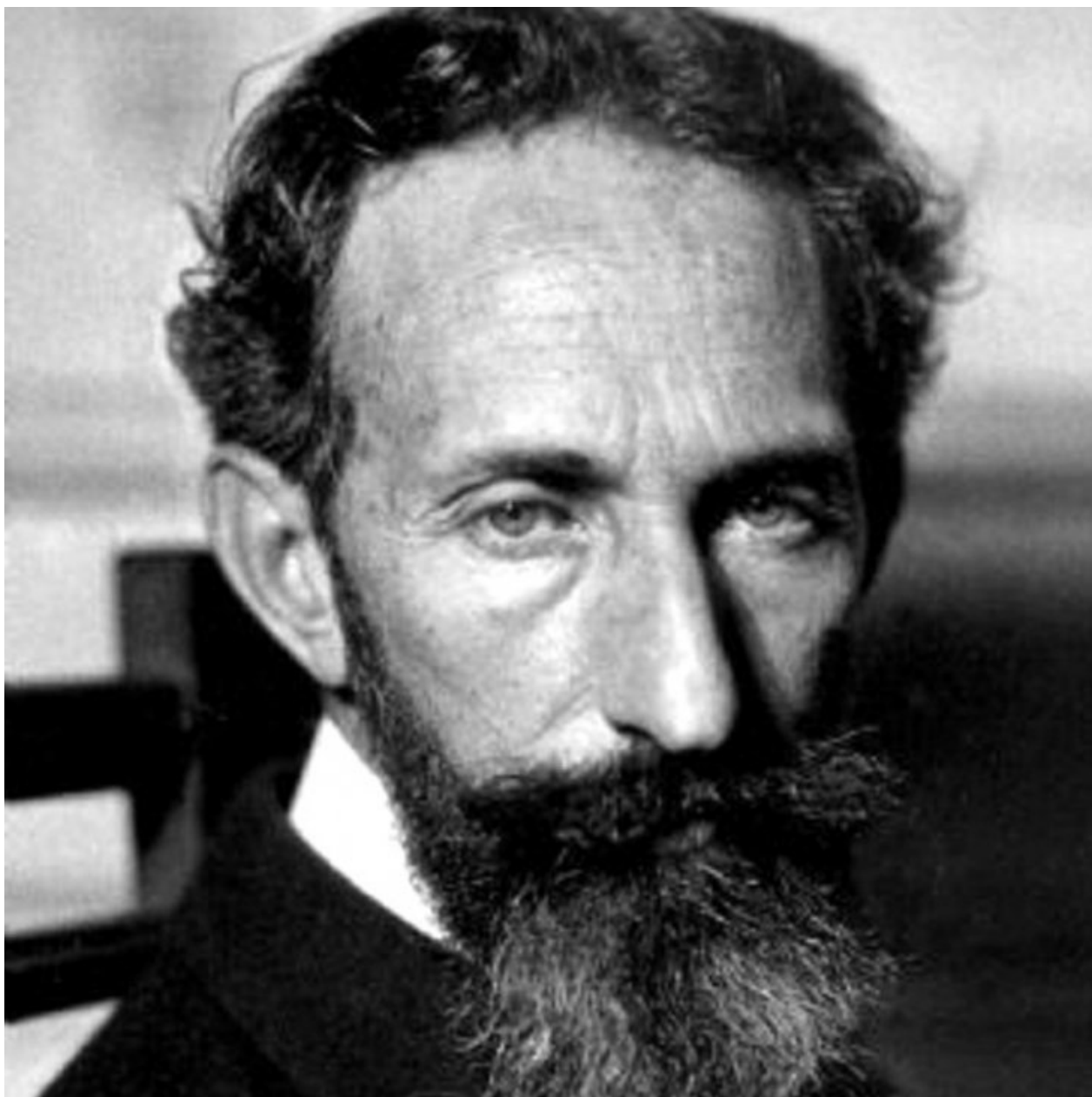
A un metro del eucalipto pasaba el tejido de alambre, uno de cuyos postes rozaba casi las ramas del árbol. En la cúspide del poste, las hormigas estaban amontonadas a la caza de las ramas que el fuerte viento ponía a ratos a su alcance.

Alzadas al asalto, las patas delanteras al aire, las hormigas seguían con el cuerpo el balanceo de las ramas, listas para trepar. Por momentos la rama descendía hasta el poste, se alzaba con su carga de hormigas, y aquél quedaba un instante desguarnecido; pero nuevos ríos de hormigas subían

por el tejido a ocupar el lugar de las asaltantes.

A la par del eucalipto, teníamos en casa setenta y tantos árboles que defender. Puede suponerse así el centelleo de faroles de viento y linternas eléctricas que relampagueaban de noche en la meseta.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)